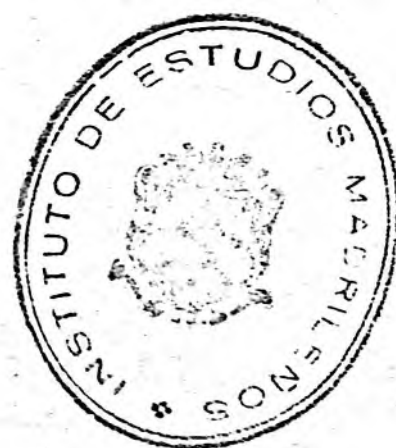


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo IX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1973

S U M A R I O

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Páginas

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1972, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
---	---

E S T U D I O S

El plano de Juan Gómez de Mora de la Plaza Mayor de Madrid en 1636, por <i>Antonio Bonet Correa</i>	15
Documentos para la biografía de Juan Gómez de Mora, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	55
La calle de Atocha, por <i>Carmen Rubio Pardos</i>	81
La Ermita y el Cerrillo de San Blas, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	117
Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	127
La Capilla de la Concepción del Colegio Imperial, por <i>Ramón Ezquerria Abadía</i>	173
Enterramiento del cardenal Granvela, en 1586, por <i>Florentino Zamora Lucas</i>	225
Un retablo documentado de Alonso Carbonel en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Getafe, 1612-1618, por <i>María del Pilar Corella Suárez</i>	231
La descripción de «S. Lorenzo el Real de la Victoria» del Escorial por Lorenzo Van der Hamen (1620), por <i>Gregorio de Andrés</i>	251
La Galera o Cárcel de mujeres de Madrid a comienzos del siglo XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	277
La construcción del Palacio de Liria, por <i>José Manuel Pita Andrade</i>	287
Los Reales Estudios de San Isidro: nuevas noticias, por <i>José Simón Díaz</i>	323
Problemas del transporte madrileño en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Pinal</i>	341
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	357

	<u>Páginas</u>
Vanidad y temor en una actitud de Moratin, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i> ...	387
La Sociedad Económica Matritense y la promoción de la Sociedad Patriótica de Jerez de la Frontera, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	401
Una mujer cirujano en tiempos de Carlos IV: Victoria de Félix, por <i>Paula de Demerson</i>	415
Límites del Barrio de Argüelles. Su evolución, por <i>Maria Eulalia Ruiz Palomeque</i> .	427
Don Francisco Coello en la Sociedad Geográfica de Madrid, por <i>José Gómez Pérez</i> .	437
Mapas y Planos de Madrid y su provincia editados o impresos por el Instituto Geográfico. Cien años de labor cartográfica, por <i>José María Sanz García</i>	449
Notas adicionales acerca de los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	499
Vicisitudes políticas de una estatua: el «Carlos V» de León Leoni, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	503
Un ensayo de formación humana y social en la escuela, por <i>Antonio Aparisi Mocholí</i>	511

MEMORIAS Y RECURSOS

Diario de un estudiante del Instituto de San Isidro (1920-1921), por <i>José Gavira Martín</i> . Advertencia preliminar, edición y notas por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .	521
---	-----

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

El actor madrileño don Enrique Chicote, por <i>José Subirá</i>	617
Conversación con Subirá, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	631

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Las calles de Madrid en 1624, por <i>José del Corral</i>	643
---	-----

BIBLIOGRAFIA

Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	691
Bibliografía artística madrileña (1971-1972), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	697

VANIDAD Y TEMOR EN UNA ACTITUD DE MORATÍN

POR JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

Casi hasta ahora, durante mucho tiempo, los biógrafos y críticos de Moratín, sin molestarse en investigar nada sobre él y siguiendo ciegamente la biografía que de él escribió don Manuel Silvela, su correligionario amigo y protector, han procurado darnos cómodamente una especie de fórmula de la psicología, no sencilla, como algunos aún creen, sino superficialísimamente conocida del más logrado intelectual de su tiempo —según el grupo adicionalmente incondicional de sus coetáneos y desdeñando otras opiniones fehacientes—, tratando de su neoclasicismo acérrimo y preceptista, de su afrancesado volterianismo, sin penetrar lo más mínimo en tan arduo problema, considerándolo un extraño equilibrio entre el patriotismo y el amor a la cultura francesa y emitiendo juicios ya formularios sobre su obra, sin haberla estudiado apenas¹.

¹ Virtualmente, una bibliografía crítica de don Leandro Fernández de Moratín no ha sido realizada en su totalidad, ni tampoco existe una biografía suya, si no es la que ha servido de base siempre: la apasionada, parcialísima e incompleta *Vida de don Leandro Fernández de Moratín* que escribió su íntimo amigo, y protector, en los últimos años del dramaturgo, don MANUEL SILVELA, que la compuso suprimiendo y adicionando lo que le pareció, lo cual ha quedado ya patente, en muchos casos, con aportaciones fehacientes y documentos descubiertos más tarde por distintos investigadores y críticos. Se publicó por primera vez en las *Obras Póstumas*, de don MANUEL SILVELA, Madrid, 1845, t. II (páginas 45-47), y luego, por HARTZENBUSCH, al frente de su edición de las *Obras Póstumas* de don Leandro Fernández de Moratín, Madrid, 1867-1868, en tres tomos, t. I (págs. 1-58), sin tener en cuenta que la mayoría del contenido de la edición, sobre todo el *Epistolario*, del escritor habían de poner en claro muchas de las cosas que en aquélla se afirman con una retórica de suficiencia sentimental y paternalista y un mal encubierto aborrecimiento a cuanto se opusiera a su ideología afrancesada y volteriana. Para completar este aspecto de la biografía de Moratín véase mi estudio, con la colaboración del doctor Fernández Nieto, *Aportaciones para una edición del «Epistolario» de Moratín* (en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, número en prensa).

La anónima *Vida de don Leandro Fernández de Moratín*, atribuible a don Buenaven-

Pero considerando críticamente, aunque no sea más que lo que ya se conoce, no poco desperdigado sobre Moratín y su obra, así como la aportación documental existente sobre el escritor, la verdad es que el panorama que se ha presentado de él, varía mucho y en algunos aspectos completamente.

Entre los aspectos psicológicos de don Leandro, que se han enfocado a bulto, sin el necesario o al menos elemental análisis, libre de topiquistas prejuicios, destacan dos dominantes, perfectamente unidos y explicables, si se penetra, aunque sea lo más mínimo en la cuestión: su vanidad y su temor, que se sobreponen a los demás, que arrancan de ellos, con un profundo y explicable sentido humano, impulsor de los mismos.

Igual en sus escritos para el público que en los íntimos, se perciben, en perfecta adecuación de su introvertido ser, la vanidad y el temor, que dan en su comportamiento muchas veces una timidez que puede llegar a lo agresivo en presunta, o cierta, defensa de sí propio, encerrado a lo largo del tiempo en una corteza de egoísmo cada vez más densa, hasta llegar al aislamiento.

Es evidente esa vanidad peculiar, esa conciencia de superioridad sobre la época en que vive, manifestada de mil modos y reticencias y a la vez su timidez patente para mantener esta consciente autoevaluación que le obliga a veces a adoptar aparentes posiciones de humildad que ocultan un duro orgullo...

En Moratín luchan con suave tenacidad la seguridad de superioridad mental con el resentimiento indeciso de su inferioridad física, que se manifiestan en posiciones en apariencia antagónicas, de desdenes y protecciones que finge y acepta cuando conviene a su egocentrismo, incapaz para el sacrificio y la amistad espontáneos y en su apariencia indiferente hay un mundo de pasiones contenidas, muertas, pero conscientes, por irrealizables.

Unas viruelas crueles dejaron en su ser la huella indeleble de la naturaleza que fracasa, defendida por su orgullo con una conformidad aparente. Una inteligencia señera le orienta en esta posición, percibiéndolo dolorosamente.

tura Carlos Aribau —en *Biblioteca de Autores Españoles*, t. II, págs. XXI-XXXVIII—, no menos falseada y apologética, sigue la de SILVELA, aportando algunos datos nuevos.

Como quienes me han precedido, tomo, sin embargo, como no hay otra base para lo que he de escribir a continuación, este conjunto de datos, que me abstengo de citar cada vez que me sirvo de cada uno de ellos, incluso de los que acabamos de publicar por ser asequibles a todos y conocidos de la mayoría.

Tengo por mi parte casi concluido un extenso estudio biográfico sobre *Moratín, el español desalentado* —ya anunciado más de una vez—, para cuya realización he tenido que ir publicando monografías como ésta, durante los años que lo llevo preparando, a la vez que he de ocuparme del resto de mi labor literaria.

La descripción de su fealdad no es sino la hostil posición, adelantando una aparente sinceridad a lo que se le pudiera reprochar y no olvida nunca.

Ante la derrota prematura de su ser físico opondrá el triunfo de sus méritos intelectuales, conseguidos a través del aislamiento de una niñez y adolescencia casi inexistentes, intentando compensar falsamente las renunciaciones a la primavera cordial, que surge, con los halagos cuidadosos de un otoño cerebral que aún no ha llegado.

He aquí la tristeza irremediable del niño prodigio, creado monstruosamente por su educador esencial, que debería haber evitado todo esto —¡aquel don Nicolás su padre, fatuo y ensoberbecido, que le llevaba a la tertulia de sus adeptos de la fonda de San Sebastián, olvidándose de los juegos infantiles como luego de los paseos amorosos por el cercano Prado de San Jerónimo!— y el espanto de trocarle las mutilaciones de su niñez y de su adolescencia con la fantasmagórica vanidad de ser un poeta premiado, un hombre sin otras compensaciones humanas...

Incluso cuando alcanzando la juventud, un amor que había inspirado —tal vez el único— pese a su poco gallardo aspecto, por su inteligencia e ingenio, sin duda, a quien acaso le vio espiritualmente, Sabina Conti y Bernascone, se trunca con injusta fatalidad, al casarla los suyos, inopinadamente, con un viejo, su tío el conde Conti, que se la lleva a Italia, aumentándose así su desencanto y su desesperanza hasta el punto de ser obsesivo en él lo acaecido, hasta infundirlo, con distintos matices de su evolución, en la parte más importante de su exigua producción dramática original².

Sólo así puede explicarse el Moratín maduro y anciano y la vacuidad de la vida humana del popular literato, que se yergue y teme íntimamente, en su inexpugnable introversión, con una timidez sencilla, bajo la que late, impotente, pero imborrable, una contenida hostilidad.

² Véase sobre esta cuestión, que he de comentar en su día detenidamente en mi anunciado estudio biográfico, mi monografía *El Madrid de Moratín*, Madrid, 1960, págs. 17-26, y para un aspecto más concreto de ella, mi artículo *La casa donde nació el teatro de Moratín* (en *Villa de Madrid*, núm 34, 1972, págs. 46-49).

Este último para evitar que desaparezca la casa donde vivió Moratín los años más trascendentales de su vida y murió su padre, don Nicolás, que se conserva intacta —sugiriendo establecer en ella un museo de Moratín y del siglo XVIII, que no tenemos en nuestra ciudad—, como lo estaba la también importantísima de la calle de las Huertas, que su dueño se apresuró a derribar, por la llamada «especulación del suelo», apenas publiqué su identificación, sin que lo pudiera impedir nuestro Ayuntamiento, como me temo vuelva a suceder después de reiteradas y documentadas advertencias sobre la que aún queda.

Véase, por último, el citado estudio *Aportaciones para una edición del «Epistolario»*, donde salgo al paso de una torpe interpretación que confunde la estructura dramática y aun temática, en parte, de *El Sí de las Niñas*, con lo que esta comedia tiene de autobiográfico, sin desmentirlo con la más mínima razón crítica.

De estatura muy baja, casi enana, más acentuada por la gordura creciente; su cabeza pelona, grande, desproporcionada; su rostro desfigurado; su nariz carnosa, impersonal, a cuyos lados, los ojos eran luz expresiva en el abotargamiento general, casi grotesco, de aquel hombre cuya bondad natural habían recluido en aquel cuerpo, quienes le rodearon desde niño, despertando su vanidad, tímida defensa de sí mismo³.

Su cerebro privilegiado no ignora esto ni su primacía mental que él mismo percibe junto a los que le rodean, hasta cegarlos. Su amargura resignada, le crea interiormente un complejo de resentimiento, de no ser en cambio físicamente como casi todos los demás y su defensa frente a ellos, su seguridad en el temor de vivir es dominarlos intelectualmente que le infunde una oculta y a veces desvelada vanidad inopinadamente.

A la naturaleza no le perdonará nunca lo que ha truncado de varios

³ La iconografía de don Leandro Fernández de Moratín está muy confusa, en relación con los datos documentales fehacientes que se conservan, aunque nadie, que yo sepa, se ha referido a ello todavía. Confío con esos datos en determinarla debidamente. Por ahora me atengo al prodigioso retrato que el genio de su amigo Goya hizo del escritor, el cual se conserva en la Real Academia de San Fernando, a la que lo legó don Leandro, a pesar de que antes se lo había dejado de por vida a su gran amiga doña Francisca Muñoz Ortiz en 1817 (Cfr. *Obras Póstumas*, t. II, págs. 275-276).

Pero como la citada dama, la famosa «Paquita», tan traída y llevada erróneamente por algunos críticos de Moratín, sobreviviera a éste, al ser llevado el retrato de Goya a su destino definitivo fue tal su sentimiento —difícil afirmar si por la amistad, bien probada, o el valor de la pintura, que no necesitaba prueba—, que aunque Moratín le dejaba a cambio «cincuenta duros (Cfr. *Obras Póstumas*, t. III, pág. 309), exigua cantidad en todos conceptos, se mandó hacer una copia exacta del retrato mismo, que quedó luego en su poder, según lo que se deduce de una carta de García de la Prada, tan amigo y compinche afrancesado de don Leandro, a su alma hermana don Manuel Silvela (*Obras Póstumas*, t. III, págs. 372-373), de la que reproduzco estos pasajes:

«... es darla la mayor pesadumbre sacarla el retrato; pero ya que dejárselo no está en nuestro arbitrio, pienso hacer que un joven, a quien conozco, saque una copia del cuadro para dárselo a la señora y recoger el original...»

«... creo oportuno decirle a usted que la copia del retrato de nuestro amigo, que hará el joven de quien he hablado, costará una friolera, pues no le daré más que una gratificación amistosa. Este pequeño gasto evitará un terrible pesar a la honrada doña Francisca Muñoz, que ciertamente me compadece.»

Como no ofrece duda que esto se cumpliera, evitándose así que el magnífico retrato fuera a parar algún día a un museo norteamericano, me permito identificar la copia citada con la que está hoy en la Biblioteca Nacional, en Madrid, que es de la época, y no se sabe de otra coetánea, la cual iría a parar allí tal vez junto con los autógrafos y papeles de Moratín, de la misma procedencia, por medio de Silvela o con el legado del hijo de Hartzenbusch, cuyo padre fue el editor de las *Obras Póstumas*, de don Leandro, cuando fue director de la Biblioteca Nacional.

ROSELL, en su *Catálogo de los cuadros de la Biblioteca Nacional*, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, t. VI, 1876, págs. 239-243 y 559-564, núm. 69, se lo atribuye, aunque no tiene firma, a don Antonio Gómez Cros, pintor, discípulo de Vicente López, muerto en 1863, todo lo cual concuerda con la copia aludida que tan parcamente pagó García de la Prada. En la actualidad, María Elena Santiago Páez prepara un nuevo *Catálogo* sobre el mismo tema, que pronto verá la luz.

modos su vida, porque no conseguirá olvidarlo. Ni conseguirá tampoco dominar la vanidad de lo que erróneamente cree en absoluto deberse a sí mismo, por su labor intelectual, sin comprender que su mente agudísima pueda ser el don Divino que se le ha otorgado en compensación...

Y como no cree absolutamente en Dios⁴, por el aparente fracaso somático de sí propio, del que cree derivar el fracaso de su vida humana y obra de sí mismo, formado por sí mismo, su talento del que naturalmente está seguro, la compensación de su humano vivir será la admiración que suscita en los demás intelectualmente.

Moratín subrayará, con reiterado humor, para no ser preocupación, no exenta de amargo resentimiento su figura grotesca, que le impele a ser tímido, pero también destacará, con vanidad sincera, que nunca halla satisfecha ni comedida —también por culpa de quienes le rodean y perciben toda la verdad— sus méritos intelectuales y sí puede perdonar a veces que no le desmientan lo primero, no perdonará jamás que no crean lo segundo, sólo conteniéndose por el temor.

De este modo la vanidad de Moratín quedará asentada en su alma sobre un apagado resentimiento de hieles, contenido por el temor, tímido de reacciones contra los hombres, que no son, en su masa, físicamente, como él —su odio a la fuerza de la justicia, de la milicia, del pueblo, que finge despreciar y teme y se agigantará por ese temor mismo—, hostil para los seres que considera inferiores a él intelectualmente, que asimismo llegan a ser masa para él, que transige con ellos si no intentan encumbrarse a su altura de algún modo o pueden oscurecer el sol que se siente, como aquel don Esteban Manuel de Villegas, de la Edad de Oro, con cuyas clasicistas anacronías se conmueve...

De la vanidad y del temor de Moratín —la única obra de que con razón podía vanagloriarse el vulgarísimo poeta que fue su padre— hay infinitas y diversísimas manifestaciones, que saltan a la vista en cuanto se sabe de su vida y por sus escritos —cada vez estudiados más ampliamente en estos últimos años—, pero aún creo inédito un curiosísimo documento⁵, quizás el más representativo de su vanidad y de su temor en un momento crucial de la vida de aquel español desalentado, entre el temor y la vanidad, llevados al extremo de la angustia vital.

⁴ Cfr. CEJADOR: *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*, t. VI, Madrid, 1917. página 211, resume muy exacta y convincentemente los datos que en la *Vida*, de SILVELA, ya citada, permiten aseverar esta afirmación.

⁵ Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, Madrid. Sig. Pv-4.º c. 34, núm. 75. Es copia exacta del original autógrafo de Moratín, cuyo paradero, si se conserva, lo ignoro.

Se trata en él de dejar saldada —para recuperar del todo sus derechos ciudadanos— su vitanda actuación, que era de esperar, aunque no con tan reprobables como conocidas posiciones, por sus claros antecedentes, que le habían de inclinar a ella durante la invasión napoleónica de España.

El documento es lo que se llamaba entonces una «sumisión» o adhesión sin condiciones al Estado Español, tan atacado por él de mil modos, según es sabido por sus propias obras, confundiendo lamentablemente su anticlericalismo, justificadísimo en aquella desdichada época de la Iglesia española, pero impropio y falto de dignidad en quien como él cobraba unas veces o intentaba cobrar otras —sin renunciarlos aunque su posición económica se lo permitía— dos beneficios eclesiásticos en Oviedo y en Montoro, con una injustificada y dañina adhesión al intruso gobierno francés, que fusilaba a sus compatriotas, por una sedicente labor cultural que no aparece por ninguna parte, incluso en este documento donde exalta sus propios méritos mucho más allá de la realidad, que debían de haberle dado entereza como a Jovellanos, por ejemplo, y calla o disimula, con su miedo característico, unido a la vanidad de lo que alaba en sí mismo, sus bellaquerías de mal español, pese a que nada podía temer políticamente ni de la Inquisición —que con arreglo a sus normas, se admitieran o no, tenía sus razones para pedirle cuenta o al menos una retractación de sus ataques—, ya que se hallaba viviendo a la sazón en Francia y sólo le interesaba recuperar de España, que según propia confesión ya no existía para él, los dineros que aún podía sacarle y acabó por recuperar. El contenido del documento es un caso, verdaderamente revelador de la actitud de vanidad defensiva y de temor interesado, pero injustificado, en aquel momento de su desalentada vida.

He preferido reproducir el referido documento en facsímil, porque su letra envidiable lo hacen perfectamente legible, anotando sus inexactitudes, ya que lo verdadero que se indica en él, es archisabido con toda clase de detalles, así como lo que, temerosamente, oculta, infiel a su ideología cuando llegaba el momento de manifestarla a salvo de todo y con libertad completa.

En todo caso consiguió sus propósitos, como prueba otro documento inédito que reproduzco en el *Apéndice* a estas páginas y demuestra la poca perspicacia, la ignorancia o la falta de dignidad justiciera que entonces mostró la embajada de España en París, que tenía al frente al duque de Fernán Núñez, con el que están relacionados dos magníficos y populares retratos de Goya.

He aquí, al fin, el documento en cuestión:

NOTAS AL FACSIMIL

³ La vanidosa afirmación de considerar a don Nicolás el más notable poeta de su tiempo es inadmisibile; el padre de Moratín fue menos que mediocre, aunque lleno de fatuidad, y no se puede comparar siquiera con otros de aquella grisácea época lírica, entre ellos la figura excepcional de don Tomás de Iriarte, coetáneo suyo, a quien ya es hora de reconocerle la importancia que se merece.

Don Tomás de Iriarte, con notable injusticia, ha sido considerado, y lo es todavía, por el público en general y por la vulgar crítica topiquista y dominante como un simple fabulista, competidor de Samaniego, aunque sus *Fábulas Literarias* nada tengan que ver con las del escritor alavés, al que le hermanan en comentarios y ediciones, y menos estén pensadas para niños o adolescentes, sino que constituyen una aguda y graciosa sátira de la literatura de su tiempo —el título mismo debía haberles alertado a los tales en su error—, que bien lo merecía, en que el autor, a la vez se plugo de hacer un alarde de su dominio de la versificación española, aunque como todos los neoclásicos —incluidos los dos Moratines— la confunda con poesía.

Pero insisto que ya es el momento de decir que el insigne escritor canario y docto humanista, cuya reivindicación comenzó, sin lograrla, por la inestimable obra de don EMILIO COTARELO Y MORI *Iriarte y su época*, Madrid, 1897, opulentamente documentada, que se ha completado no hace muchos años con el magnífico estudio de don JOSÉ MARÍA SUBIRÁ *El compositor Iriarte (1750-1791) y el cultivo español del melólogo (melodrama)*, Barcelona, 1950, dos tomos, dándonos ambas no sólo el secundario y mal entendido fabulista, sino el verdadero creador del teatro neoclásico español, con sus famosas y convencionales tres unidades dramáticas, más exageradas en España aún que en la preceptiva francesa de Boileau, hasta invadir lo ridículo, y asimismo el musicólogo sin par de su tiempo, autor del poema *La Música*, Madrid, 1779, cuyo contenido doctrinal, sobre todo en sus notas, aún no ha sido estudiado como se merece, aunque el autor fue el introductor, a la vez, de la música germánica en España, siendo, además, un auténtico virtuoso del violín, cuya finura intelectual sufrió las zafias agresiones de autores tan notables como Forner y García de la Huerta, no libres de envidia, cuyas obras, e incluso su poesía, superan en mucho, naturalmente, la creación y trascendencia de las de don Nicolás, aunque no agotó sus posibilidades por la prematura muerte, que le sorprendió cuando aún conservaba su gallarda figura, que nos refleja la iconografía que de él se conserva.

No obstante, el propio Moratín, con su vanidosa suficiencia crítica, que podía haber aplicado al resto de las obras dramáticas de su padre, en quien apoyaba, en cierto modo, uno de sus méritos, hizo una, aunque no todo lo dura que debiera, sobre *La Petrimetra*, de don Nicolás, una de las peores comedias de su época e inferior a las de Trigueros mismo, por no citar otros más estimables (Cfr. *Vida de don Nicolás Fernández de Moratín*, por su hijo, tan panegirista como la suya, por SILVELA, falseando no pocas cosas); pero confió en situarle en el lugar que merece dentro de la desmayada literatura neoclásica, con motivo de una rara obra suya que voy a reeditar, con estudio preliminar, dejando fuera los tópicos de que le rodeó su hijo, no poco en provecho propio, para apoyar en parte su vanidad.

⁵ Sobre la «esmerada educación», que nada tiene que ver con la innata inteligencia de don Leandro, nos dice este mismo, olvidándose de las conveniencias, en otra ocasión:

«Yo no sé cómo aprendí a leer; sólo sé que después venía a mi casa un maestro medio cojo, de mala figura, que me enseñó a hacer palotes; pero mi padre, que temía los cariños de mi madre, los de mis abuelos y los de mis tíos, trató de apartarme de ellos como le fue posible y me envió a una escuela de primeras letras, dirigida por un don Santiago López, cerca de mi casa.

Allí pasaba una gran parte del día, y el maestro me trataba muy bien, o fuese que mi conducta le obligaba a ello o que yo era uno de los más puntuales en contribuir con

la pensión mensual, el cuarto del santo y las adevanas de pliegos rayados para escribir, de cobertores manuscritos, que él tomaba a cuenta de pliegos blancos, de plumas y tinta que me vendía, y de los acostumbrados regalitos el día de la señora maestra y el suyo y los de Navidad, con otras mil frioleras que el bueno de don Santiago inventaba cada día en provecho suyo.

Sali de su escuela sin haber adquirido vicio ni resabio particular de parte de mis condiscipulos: no adquirí ninguna amistad con ellos, ni supe jugar al trompo, ni a la taba, ni a la rayuela, ni a las aleluyas; acabadas las horas de estudio, recogía mi cartera y desde la escuela, cuya puerta se veía desde mi casa, me ponía en ella en un salto (véanse *Obras Póstumas*, t. III, págs. 304-305).

Si el no haber sido un niño, en lo que esto significaba, su educación fue esmeradísima, pero ¿cuánto nos explican de la psicología de Moratín estas palabras suyas, reveladoras también de un concorde ambiente familiar!

Lo que sí recibió de las tertulias de su vanidosísimo y pedantísimo padre —equilibradas estas cualidades con su propio talento— fue una triste ideología y lo que escuchaba a sus amigos, que indudablemente le acuciaron al camino intelectual, según dice a continuación:

Allí [en su casa] veía a los amigos de mi padre, oía sus conversaciones literarias, adquirí un desmedido amor al estudio, leía a *Don Quijote* y al *Lazarillo*, las *Guerras de Granada*, libro delicioso para mí la *Historia* de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales había en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupación y la de ir a ver a mi pobre abuelo, a quien ya reducían los achaques y los largos años de salir muy poco de casa, me entretenían el tiempo, y así pasé los nueve años primeros de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.» (*Idem*, *id.*, pág. 305).

El pasaje completa lo anterior sobre la «esmerada educación y triste adolescencia perdida de don Leandro Fernández de Moratín, que iba encauzando su vivir.

⁹ Son las que más adelante cita, aunque de modo inexacto e incompleto, que corrijo en las notas correspondientes.

¹² Sobre estos viajes de Moratín, no de estudio, como parece dar a entender —aunque todo viaje lo fuere para un hombre inteligente como él—, para destacar más su importancia intelectual, hay sendos relatos, según es sabido, de los de Inglaterra e Italia, por el propio viajero, cuyos itinerarios merecen especial comentario, que no es ocasión de hacer aquí. Están llenos de noticias interesantes, pero sin el menor sistema docente, pues lo que cuenta acerca de los teatros es pura satisfacción personal de su afición dominante que le acompañó toda su vida. En sus andanzas por Francia, de que da noticias en su *Epistolario* y en su *Diario*, fue como secretario de Cabarrús, por recomendación de Jove-llanos, que aún no le había retirado su amistad, y aunque don Leandro se aterroró de la Revolución, también debió de afirmar en el país vecino sus ideas volterianas. Quizá de esta época sería su traducción del *Candide*, en excelente versión que fue publicada diez años después de la muerte del escritor español: *Cándido o el optimismo. Traducido por Moratín*, Cádiz, Imp. Santiponce, 1838, libro rarísimo del que poseo un ejemplar en mi biblioteca y que supone Menéndez y Pelayo, aunque no aduce la menor prueba, que se imprimió en Valencia, pero don Marcelino no conoció ejemplar de él, pues en el prólogo se alude a la primera guerra carlista y al carácter del libro, más en consonancia, al publicarlo, con el liberal Cádiz, donde existió la imprenta dicha, y no con Valencia, que estaba en pleno carlismo. Por otra parte se alude al texto como conseguido casualmente y acaso procediera de la incautación en Madrid de los bienes y papeles de Moratín, pues no parece probable que se lo llevara en su huida a Valencia y menos que se realizara y se imprimiera la traducción en el difícil ambiente por que pasó en esta ciudad. He aquí el texto aludido: «... Una casualidad ha puesto en nuestros manos este precioso desahogo literario de estos dos hombres tan eminentemente célebres.

Ciertas cláusulas de esta obrita pudieran ofender algunos oídos delicados (!); pero hemos creído que el suprimirlas sería una licencia imperdonable en una traducción tan acabada y de tan distinguida pluma.

Pedimos, pues, a los rígidos censores nos dispensen un poco de tolerancia; no todo ha de ser conversar y discurrir sobre esta fratricida guerra que nos devora; demos al espíritu un desahogo que nos aparte por algunas horas del cuadro ensangrentado que

(183) D. L. F. de Moratin nació en Madrid, a 10. de Mar-
zo del año de 1760.

Su padre (el mas celebre poeta de su tiempo) cria-
do de la Reyna viuda Isabel Farnesio, le dio una
esmerada educacion.

A los veinte y dos años de su edad, ya habia me-
recido el joven Moratin que la Academia
Española distinguiera su merito en la poesia:
publicando dos obras suyas.

Viajó despues con aprovechamiento, por Francia,
Inglaterra e Italia: en donde permaneció al-
gunos años.

La Academia de los Arcades de Roma le admi-
tió en el numero de sus individuos, dándole
el nombre patronal de Lucio Calenio.

Restituido a su patria, le hizo el Rey Jefe de
la Secretaria de la Interpretacion de Lenguas,
su Secretario y de su Consejo.

Dedicó su estudio al genero dramático, y compu-
so algunas comedias, por el gusto de Moliere.
Todas ellas, representadas en España con aplau-
so, han sido reimpresas, o traducidas, en Inglar-

presenta nuestra mísera patria. ¡Ojalá que en medio de las risas que nos excita la lectura de estas aventuras podamos entonar himnos de paz y fraternidad española!»

¹⁵ No debió de ser ajena a ella la presión de su padre y sus amigos, que ya pertenecían a la Academia de los Arcades de Roma. Don Nicolás Fernández de Moratín, con el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*, aunque Moratín luego fuera digno, naturalmente, de tal honor.

¹⁶ La verdad es que se valió de los buenos oficios de su protector, el incalificable Godoy —por medio de su particular amigo Melon, aunque éste no conocía al nefasto favorito personalmente—, a quien don Leandro halagó con su servil e insufrible *Epístola* —por lo afectada y ridícula—, dedicándole su mediana comedia *La Mogigata*.

Lo de que, como parece dar a entender, perteneciera al Consejo Real no es cierto, porque no consta tal nombramiento en ninguna parte, aunque hubiera hecho Moratín en el mejor papel que muchos de sus ineptos miembros. Lo que dice Silvela en su encomiástica biografía del escritor es que se consideraba, según él, el cargo que recibió en la Interpretación de Lenguas, «con honores de Secretario de S. M.», lo cual es muy distinto.

Sobre don Leandro Fernández de Moratín en la Interpretación de Lenguas, véanse: ENTRAMBASAGUAS: *Un Breve de Pío VI referente a «La Florida» y traducido por Moratín*, Madrid, 1930; GONZÁLEZ PALENCIA: *Una ofuscación de Moratín* (en *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, del Ayuntamiento de Madrid, t. X, 1933, págs. 75-82), y RUIZ MORCUENDE: *Moratín, Secretario de la Interpretación de Lenguas* (en la misma *Revista* y t., págs. 273-90).

²⁰ En realidad, las tan traídas y llevadas comedias originales de Moratín, en que se compara con Molière, nada menos, son cinco:

El Tutor —destruida por el propio don Leandro—, sobre el mismo tema que la que sigue:

El Viejo y la Niña.

El Café o La Comedia Nueva.

El Barón.

La Mogigata.

El Sí de las Niñas, sobre el mismo tema autobiográfico de la primera y la segunda.

Es decir, cuatro existentes, de las cuales dos tienen un tema idéntico, que resolvió de modo diferente en el desenlace.

Es verdaderamente curioso que con tan escaso bagaje original adquiriera don Leandro Fernández de Moratín la fama de dramaturgo que obtuvo, explicable en la paupérrima época dramática que fue la suya.

En cuanto a su relación con Molière, que se viene admitiendo por la crítica, sin demostrar jamás concretamente su semejanza, no existe a la verdad —ni como imitación de las obras del genio del teatro francés tan distinto a él en todo—, si no es porque tradujo sus comedias *L'Ecole des Maris* y *Le Médecin malgré lui*, libérrimamente y sustituyendo el tono y diálogo inimitable del original por los suyos propios, que en nada le recuerdan y menos en alguna chabacanería que otra, aunque no son tan fuera de sitio como sus disparatados comentarios a su traducción, también libre, del *Hamlet*, de Shakespeare, en que demuestra no haber entendido en absoluto el genio del dramaturgo inglés.

No obstante, esta fama que Moratín se dio a sí mismo equiparándose a Molière, que difundiría a través de sus amigos continuamente, dio lugar a que el anónimo autor de la *Vida de don Leandro Fernández de Moratín*, identificable sin duda con don Buenaventura Carlos Aribau, delirase en sus elogios, como Silvela, al afirmar al final: «Moratín, que agradó y conmovió [tal vez sólo en su mejor comedia, *El Sí de las Niñas*, por su carácter romántico y humano, me permito aclarar], será siempre venerado como uno de los grandes maestros del arte, como un autor de inmensa influencia sobre su siglo, como el *Molière español*» (en *Biblioteca de Autores Españoles*, t. II, pág. XXXVIII).

²¹ Sin que por ello se menoscabe el indudable mérito de la obra dramática de Moratín, culminante en *El Sí de las Niñas*, no necesitan encarecerse, por lo conocidos, los turbulentos estrenos de algunas de ellas —aunque los impusiera, a veces, el apoyo de sus protectores gubernativos y sus amigos— que no tuvieron apenas duración en los escenarios. El teatro de Moratín, como el anterior de Iriarte, del riguroso neoclasicismo, que no salió de una minoría por ser tan distinto del romántico e individualista temperalmente

español, no logró nunca popularidad. La mayoría, y no digamos el pueblo, la masa, gustaba todavía del teatro de la Edad de Oro —con indudables preferencias por Calderón y el extraordinario refundidor Moreto—, y hasta de los «arreglos» de él de Trigueros y de otros autores y aun de los engendros de la grotesca caricatura de Lope de Vega, Luciano Francisco Comella, que incluso alcanzaba, en traducciones italianas, más éxitos que don Leandro con las suyas, lo cual indignaba a este con razón.

Respecto de la vaga aseveración de Moratín de que sus comedias fueron «reimpresas o traducidas en Inglaterra, Francia, Italia y Alemania», no conozco por ahora más datos fehacientes salvo los de su difusión en Italia, el de que fueron incluidas con otras de Lope de Vega y de Calderón de la Barca —¡vaya selección!—, *El Sí de las Niñas*, *El viejo y la niña*, *La comedia nueva* y *El Barón*, es decir, su obra dramática original completa —con defectos de traducción al francés, que señaló el autor mismo (véase *Obras Póstumas*, cits., t. II, págs. 363-370)—, en la colección vulgarizadora, de carácter puramente editorial:

Chefs-d'oeuvre des théâtres étrangers, allemand, anglais, chinois, danois, espagnol, hollandais, indien, italien, polonais, portugais, russe, suédois, traduits en français. Paris, chez Ladvocat, 1822, aparte de las ediciones de la obra de Moratín, en lengua castellana, impresas fuera de España, en Italia y Francia que yo sepa.

²⁶ Con tan evasivas líneas y su temor eterno trata de ocultar Moratín su estrecha relación con el intruso rey José I o injustamente «Pepe Botellas», ya que al parecer no bebía vino, amén de otros motes, tan infundados, a quien solicitó el cargo de Bibliotecario Real, como lo había solicitado de los anteriores monarcas españoles, mediante la siempre buscada protección de sus gobernantes a trueque de sus fríos y rimbombantes poemas nuncupatorios, a ellos dirigidos.

Igualmente fue nombrado académico, caballero del Pentágono y otras fruslerías, como diría don Leandro en otra desacertada ocasión —véase FERNÁNDEZ NIETO: «*El Sí de las Niñas*» y *la Inquisición*, próximo a publicarse— del gobierno napoleónico, bajo pretexto de su admiración por la cultura francesa —que realmente no dominaba mucho— y su incalificable desprecio, lleno de vanidad, por España y el pueblo español, que no se unían al reducido coro de sus amigos que le exaltaban como genio, porque en su inmensa mayoría ignoraban a quien se creía el epicentro de su país, según se comprueba innumerables veces en su *Epistolario* y he resumido esencialmente en mi ya citado estudio *El Madrid de Moratín*, al explicar cómo abandonó, con más miedo que nunca de que sufriera algún daño su preciosa y no muy visible persona física en el desorden de la victoria contra el Ejército de Napoleón.

³³ En este breve párrafo donde se resume un largo y tremendo período de la vida de Moratín en sus forzadas malandanzas por Valencia, Peñíscola y Barcelona, sobre las que pasa como sobre ascuas, aterrado, porque con ellas empezó a purgar, llevado de su miedo y de su vanidad, los numerosos e incalificables errores que cometió sirviendo humillantemente a los enemigos de su Patria, que no comprendió nunca; pero sobre ello he de volver detenidamente y con numerosos datos en *Moratín, el español desalentado*, que preparo y al cual he aludido necesariamente.

RAFAEL FERRERES, en un discurso académico, *Moratín en Valencia, 1812-1814*, (Valencia, 1962), a pesar de cuantos datos indiscutibles existen de la estancia de don Leandro por aquellas tierras, opta por seguir la línea de Silvela y Aribau, más azucaradamente, sin aportar nada al tema, si no es la revelación de una paupérrima bibliografía, explicable en la falta de tiempo, sin duda de quien por largo tiempo ha sido concejal del Ayuntamiento de Valencia. Con decir que la repugnante adulación de la oda *Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda de Valencia el mariscal Suchet, año de 1812*, de lo más empingorotado y retórico del autor, la disculpa suponiendo que fue obligado a hacerla, basta. No creo que un catedrático de Literatura pueda suponer que la inspiración poética se logre a la fuerza, pero bien claro es que en tan vergonzoso período de la triste vida de Moratín de todo hay menos de poesía, como se verá en el libro que preparo sobre Moratín, al que ya he aludido.

³² ¡Y tanto! Porque a su actitud antiespañola se unió, con sus razones, ya que no con la razón, la protesta del Santo Oficio de la Inquisición, en plena decadencia y oscurantismo, en aquella época; una de las más desastrosas de la Iglesia española, porque en realidad don Leandro Fernández de Moratín estaba integrado en ésta, porque, siendo

verra, Francia, Italia y Alemania.

Durante la invasion de los franceses en España, fue nombrado Alvaratin, Jefe de la Biblioteca Real.

Hallándose en Valencia en el año de 1812, se propuso renunciar todo empleo y toda dependencia del Gobierno; y así ha permanecido, viviendo sucesivamente en Valencia y Barcelona; de donde salió, quando la peste empezaba à manifestarse en aquel puerto, en el año de 1821.

Pasó à Francia, y en ella piensa permanecer (no siendo le lícito contribuir à la felicidad de su patria) hasta que en efecto se verifique, por los que han tomado à su cargo tan difícil empresa.

Las obras suyas que corren impresas, son las siguientes.

Granada rendida. Poema, publicado por la R.^a Academia Española.. 1779.

Sátira contra los vicios de la poesía. Publicadas por la misma Academia. 1782.

Hamlet, tragedia de Shakspeare: con notas críticas. 1798.

ministro el conde de Floridablanca, en su continuo pordiosear a los poderosos con versos, esta vez no altisonantes como otros, sino huecos y prosaicos, le había pedido ser abate para poder vivir sin trabajar, fingiéndose enfermo cómicamente:

«Dice que pues hoy es día
de gracias y de agasajos,
el agasajo le hagáis
de sacarle de trabajos...»
«El médico le visita;
le manda jarabe y baños,
caldos de pollo y sustancias,
y medicinas y emplastos.
Pero si vos no mandáis
hacerle beneficiado
o una pensión clerical
le recetáis para el caso...»
«¡Oh, señor, no permitáis
que se muera tan temprano,
si no queréis que se vista
de luto todo el Parnaso...»
«El no pide que le deis
una cola de arcediano...
Sólo quiere ser abate:
¡Qué pedir tan moderado
el suyo, si por ventura
el ser abate es ser algo!»

Y, cátese, que el meticuloso Floridablanca, para que por Moratín no se enlutara el Parnaso entero, le nombró abate, y cuando llegó a la privanza Godoy, en que todo llegó al colmo, lo alcanzó Moratín, que había recibido en el obispado de Burgos la primera tonsura, dándosele un beneficio en la iglesia de Montoro, de valor de tres mil ducados y una pensión de seiscientos sobre la mitra de Oviedo (Cfr. la ya citada *Vida*, págs. XXVI-XXVII), sin que naturalmente prestara nunca ningún beneficio, sino el de percibirlos en ambos organismos eclesiásticos, sino más adelante protestando de que se los pagaran tarde o decidieran no hacerlo en vista del continuo anticlericalismo volteriano del abate que sin pedirlo le habían adscrito, respectivamente. La verdad es que don Leandro no tenía la piel de la mano muy delicada para recibir aquellos dineros, y explicable que no pudiera estar tranquilo en España el flamante abate, hasta la extinción de la Inquisición, en 1820, aunque luego se fuera de su patria por miedo a la peste de Barcelona (Cfr. *Obras Póstumas*, ya citadas, t. I, pág. 48), según fingió en 1817, ya alertado por sus amigos.

Y volviendo a las líneas comentadas, finge Moratín, temeroso hasta llegar al ridículo, al decir que «se propuso renunciar a todo empleo y toda dependencia del gobierno [¿de cuál?], cuando estaba hartado favorecido por los valencianos afrancesados de su cuerda, excitando con su hipocresía cobarde y su vanidad insufrible la indignación, quizá algo brusca, pero sin las consecuencias que podía haber tenido, del General Elío, que con poca razón le echó de la ciudad del Turia a que le aguantaran en otra parte.

No obstante, lo que Moratín, con razón, juzgaba «difícil empresa» se llevó a cabo con éxito, según demuestra el documento inédito del *Apéndice*, en que no se sabe qué admirar más, si las recomendaciones turbias que debió de emplear para lograr su propósito el escritor o la ignorancia en que estaba de todo cuanto atañía al fondo del asunto la Embajada de España en París, regida a la sazón por el duque de Fernán Núñez, según he indicado.

En cuanto a la hipocresía, cobardía y servilismo del resto de este pasaje mejor es no comentarlo, en recuerdo de *El Sí de las Niñas*, donde sólo dejó Moratín su dignidad y su corazón humanos.

¶ He aquí su verdadera ficha bibliográfica:

La toma de Granada por los Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel. Romance endecasílabo, impreso por la Real Academia Española, por ser, entre todos los presentados, el que más se acerca al que ganó el premio. Su autor, don Efrén de Lardnáz y Morante

[anagrama de Moratín]. Madrid, Joaquín Ibarra, MDCCLXXIX. Muy raro. Ejemplar en mi biblioteca.

⁴⁴ Tampoco ésta la recordaba exacta Moratín. He la aquí: *Lección poética. Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana*. Impresa por la Real Academia Española, por ser, entre las presentadas, la que más se acerca a la que ganó el premio. Su autor, Don Melitón Fernández (seudónimo de Moratín). Madrid, Joaquín Ibarra, MDCCLXXXII. Muy raro. Ejemplar en mi biblioteca.

⁴⁸ Su verdadera título, como es sabido, no es éste. Lugar de acción de la obra, sino *La comedia Nueva*, y es fundamentalmente una sátira dramatizada con arte y gracia evidentes.

⁵⁷ No he logrado identificar la edición a que se refiere, que acaso no pasaría de proyecto. Las que pudieran parecerse algo en el título, que conozco y poseo ejemplar, son la *Obras Postumas* de su padre, don Nicolás (Barcelona, 1821), o las *Poesías escogidas*, de don Nicolás y don Leandro (Valencia, 1830), a las cuales en modo alguno parece referirse.

⁵⁹ Los *Orígenes del Teatro Español*, obra de gran empeño y con muchos datos de valor absoluto, fue la gran empresa a cuya conclusión e impresión dedicó Moratín todo el esfuerzo de sus últimos años, sin lograr que viera la luz durante su vida, en las condiciones que se indican en varias cartas de su *Epistolario*.

Bien se echa de ver que en la lista de sus obras que da Moratín faltan dos: *La derrota de los Pedantes* (Madrid, 1889), notabilísima en todo, pero tal vez que no convenía recordar por la cercanía de algunas de sus alusiones, y otra las *Notas al Auto de Fe celebrado en la ciudad de Logroño, en los días 7 y 8 de Noviembre del año de 1610, siendo Inquisidor General el Cardenal, Arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Roxas*. Logroño, 1611, segunda edición. Madrid, 1811, ediciones ambas de que no he visto ejemplar. Reimpreso en Mallorca, en la Imprenta Real, 1813, y, en fin, *Ilustrada con notas* por el Bachiller Ginés de Posadilla, natural de Yébenes, Madrid, en la Imprenta de Collado, año de 1820. Ediciones estas dos últimas rarísimas, de las que poseo sendos ejemplares en mi biblioteca. Como de Moratín se incluyó al fin de sus *Obras* (ed. cit. de *Biblioteca de Autores Españoles*, t. II, págs. 617-631), aunque sin ningún comentario ni atributivo ni crítico. Preparo un estudio bibliográfico y comparativo de sus textos, que creo de interés. Por otra parte, creo inútil decir que el Bachiller que figura como autor de las notas en la edición original no es sino una ficción. Por la gracia atravesada, anticlerical, el buen escribir, podrían muy bien ser de Moratín, que a veces en su volterianismo más recuerda que al fino y malintencionado escritor francés a un su «valet» que le imitara con cierta ordinarietà innata.

El viejo y la niña. Comedia. 1790.

El Café. Comedia. 1792.

El Parón. Comedia. 1803.

La Mogigata. Comedia. 1804.

El sí de las niñas. Comedia. 1806.

La escuela de los maridos. Comedia, traducción libre
de L'école des maris, de Molière. 1812.

El médico à puñal. Comedia, traducción libre de Le
medecin malgré lui, de Molière. 1814.

Se espera como muy próxima, la edición de sus Obras
sueltas.

Dedica actualmente su estudio à concluir una
obra interesante, que intitula: Orígenes del tea-
tro español; para lo qual ha recogido documen-
tos muy ignorados hasta ahora. Los aficionados
à la amena literatura, hallarán en ella reuni-
das con metodo y critica imparcial, noticias muy
curiosas; relativas à la historia del arte drama-
tica en España, desde sus primeros ensayos, has-
ta fines del siglo XVI.

APENDICE

Mas no sólo esta amañada autobiografía o «curriculum vitae», «pro domo sua», debió de presentar Moratín, sino una serie de documentos justificativos, más o menos, con con el mismo fin de su reivindicación ciudadana con fines esencialmente económicos, según nos revela el siguiente documento, también inédito, hallado por mí¹.

«Certifico que por varios documentos, autorizados en debida forma, que don Leandro Fernández de Moratín ha presentado en la Secretaría de esta Embajada de mi cargo, consta que el referido D. Leandro Fernández de Moratín no es del número de los españoles refugiados en Francia, habiendo siempre permanecido en España, desde muchos años antes de la invasión hasta más de tres años después de la retirada de los franceses²; que los bienes que el Gobierno de las Cortes le mandó secuestrar le fueron sustituidos por S. M. Católica en virtud de su Real orden de 12 de Mayo de 1815, hallándose desde entonces en posesión de todos ellos; que salió de España a fines de Agosto del año pasado de 1817 por motivos de salud y pasó a Francia, autorizado con el correspondiente pasaporte del Capitán General de Cataluña, y que reside actualmente en París, en virtud de la habilitación que al efecto le ha concedido. Y para que así pueda hacerlo constar donde con venga doy el presente certificado, firmado de mi mano y sellado con el escudo de mis armas. En París a 16 de Junio de 1818.=Fernan Núñez=»

¹ Biblioteca Nacional, Madrid, Sección de Manuscritos. Sig. 12963/1. Una hoja en marquilla (v. en b).

² Que don Leandro Fernández de Moratín había permanecido en España, y aún en Madrid —donde había nacido en 1760—, salvo sus viajes al extranjero antes de 1808, fecha de la invasión francesa, es perogrullada que no necesita encarecerse.

Pero lo que hizo en España desde esa fecha, presumiendo de ardiente partidario del Intruso, siguiendo a éste hasta que en 1812 se fue a Valencia, a Barcelona y a Francia en 1817, para regresar a la capital catalana en 1820, y definitivamente a Francia en 1821, con sus innumerables accidentes a que le llevaron su vanidad y su miedo, capaces de las mayores villanías y humillaciones, y de su resentimiento contra España y su odio al pueblo español, que fingía desdeñar cuando humanamente estaba cien codos sobre él, se sabe por una serie de datos fehacientes y por su propio *Epistolario*, donde consta, además, lo que estuvo de continuo importunando a sus amigos para provecho propio, casi siempre de carácter económico, hasta el punto de que tan continua relación le hizo sospechoso de espía de España, para vergüenza de ésta (Cfr. ANHOC: *Leandro Fernández de Moratín hôte de la France*, en *Revue de Littérature Comparée*, 1963, núm. 2, págs. 268-278).

Pero para la información falseada de su conducta vergonzosa, el autor de *El Sí de las Niñas* ya había tomado sus medidas *sui generis*. El mismo escribe a su compinche en afrancesamiento y otras lindezas, el sacrilego clérigo Melon, el 20 de enero de 1815, cuando se vio en peligro de que se descubrieran sus trapacerías: «Hice una completa información de veinte testigos en Valencia y Madrid; justifiqué en ella mi conducta...» (Cfr. *Obras Póstumas*, t. II, pág. 215). ¡Que ya era justificar, aun con las engañifas de sus amigotes, y el resultado de ello es que tal amaño se fue dando por bueno hasta llegar al inconsciente Embajador, que lo aceptó con su firma y su sello de armas y todo, para que Moratín siguiera desde Francia insultando a España y siendo el incordio de españoles y franceses, de modo distinto, pero evidente en la documentación que se conoce y espero ampliar. ¡Para que se fie uno de los documentos oficiales y no de los datos históricos fehacientes, que al fin los ponen en ridículo con quienes los suscribieron!